

La mujer del puerto

Guadalupe Loeza

Andrea Palma es una de las divas inolvidables del cine mexicano. Su actuación en La mujer del puerto, la obra cumbre del director de origen ruso Arcady Boytler, le dio un lugar inevitable en la historia de nuestra cinematografía. Guadalupe Loeza nos otorga un esbozo de la actriz en este pequeño ensayo pleno de nostalgia e inteligencia.

Dicen que no ha habido un debut más extraordinario en el cine mexicano que el de Andrea Palma (1903-1987), cuando se estrenó, el 14 de febrero de 1934, la película *La mujer del puerto*. También se cuenta que la gente que acudió esa noche al cine Regis salió encantada, feliz de haber visto una película tan atrevida, pero al mismo tiempo tan artística. La reportera Luz Alba sacó una nota en la revista *Ilustrado* que decía que esta cinta dirigida por Arcady Boytler era “la primera película nacional que verdaderamente merece el calificativo de excelente, o por lo menos puede aplicarse a una parte de ella”. No nada más gustaban los escenarios sórdidos del puerto de Veracruz, también gustaban las tomas en las que se veían las noches de diversión de los marinos, pero sobre todo, lo que realmente fascinó a los espectadores y a los críticos fue la presencia de una mujer inquietante, misteriosa, pero sobre todo, muy elegante. Rosario, la prostituta que paseaba por el malecón y por las calles de la ciudad, tenía algo de hipnótico. Cuando se estrenó esta cinta, mucha gente dijo: “Finalmente, México tiene su primera diva”.

Sin embargo, lo que más sorprende ahora es que una historia de un amor incestuoso no haya alarmado tanto a la sociedad de entonces. Años más tarde, ni de chiste



Andrea Palma

© Colección Filmmeca de la UNAM



La mujer del puerto

hubiera sido permitido por la Liga de la Decencia. Sin embargo, en 1934, el romance entre Rosario y su hermano Alberto (que hacía maravillosamente el actor Domingo Soler) fue visto más bien como un paso hacia el arte moderno. Esta cinta tenía algo de Guy de Maupassant y algo de León Tolstói, dos autores muy admirados por el director Arcady Boytler. Aunque Domingo Soler ya era un actor conocido, cobró quinientos pesos por su papel, en tanto que Andrea ganó ocho mil pesos por su personaje. Sin duda, la escena más famosa de la cinta es cuando Rosario camina por las calles “vendiendo su amor”, como dice la letra de la canción que escribieron para la película Manuel Esperón y Ricardo López Méndez, la cual canta Lina Boytler, la esposa del director.

Hay que decir que Andrea Palma fue la primera sorprendida por el triunfo de la película. Andrea era una joven de treinta y un años que había trabajado mucho para lograr hacer una película. Dice su biógrafo Jesús Ibarra, en su maravilloso libro *Los Bracho. Tres generaciones de cine mexicano* (UNAM, 2006), que el verdadero nombre de esta extraordinaria actriz era Guadalupe Bracho, y que era hermana mayor de Julio, el gran director de la cinta *Distinto amanecer*. Cuando era niña, en su natal Durango, le gustaba jugar a que era bailarina y bailaba con su prima Lolita. Entonces ninguna de las dos se imaginaba que iban a ser dos maravillosas actrices: una Andrea Palma y la otra Dolores del Río. Sin embargo, cuando comenzó la Revolución, las dos primas se separaron y no volverían a verse hasta muchos años después. La familia Bracho se dirigió a la Ciudad de México, en donde ya había muchos cines.

Desde entonces, en su fuero interno, Guadalupe quería ser una actriz de cine, una actriz sensual, una vampiresa como las que aparecían en las películas mudas. Sí, quería ser idéntica a las actrices italianas de las películas que su padre, don Julio, detestaba con toda su alma. “No quiero, hijita, que tú te dediques a ese trabajo”, le dijo casi con lágrimas en los ojos el día en que su primo, el actor Ramón Novarro, la invitó a conocer Hollywood. “Puedes ir, pero con la condición de que ni siquiera te acerques a conocer los estudios de cine”, le dijo don Julio remarcando cada palabra. Aunque Guadalupe no fue a ningún estudio, un día en que Ramón la llevó de compras al Robinson’s, le regaló su primera estola. Ella quedó tan encantada con ese regalo que regresó a México con la idea de dedicarse a hacer vestuarios. Así es que a su regreso fue a pedir trabajo en La Casa de Londres. Como ese día se puso la mejor ropa de la que había comprado en Hollywood, le dieron el trabajo de inmediato. Apenas entró a trabajar, se dedicó a diseñar sombreros, y lo hacía tan bien, creaba sombreros tan bonitos, que poco a poco se fue haciendo fama de diseñadora de modas. Entre sus clientas de entonces estaba la actriz María Tereza Montoya, quien salía de la tienda con los sombreros más bonitos. Gracias a su trabajo, tres años después, pudo poner su propia tienda de sombreros, la Casa Andrea, la cual estaba en la calle de Venustiano Carranza. Gracias a esos sombreros, llegó incluso a diseñar algunos nada menos que para Marlene Dietrich.

Un día, su padre, quien estaba ya muy enfermo, la llamó junto a su cama: “Hijita, te quiero decir algo muy importante...”. No obstante, en ese momento llegó el médico e interrumpió la petición que don Julio estaba a punto de hacerle. Al día siguiente, amaneció muerto, así es que Guadalupe nunca pudo saber qué quería decirle su padre, sin embargo, ella siempre supo que lo que él quería pedirle era que no se dedicara a la actuación. Es cierto, Guadalupe Bracho nunca fue actriz, así es que se buscó un nombre para poder trabajar: Andrea, como su tienda de sombreros, y Palma, como se apellidaba una de sus clientas más elegantes.

Cuando cargaba el chal que había sido de su madre, mientras caminaba por el malecón de Veracruz, Andrea sentía que la “maldición” de su padre la seguía de cerca. Cuando Rosario se entera de que se acaba de acostar con su propio hermano, corre por el malecón y se arroja contra las peñas y sólo queda sobre el pavimento su chal negro. Pero ciertamente, ese chal de su madre, doña Luz, en vez de traer mala suerte, trae una suerte espléndida. Todavía hoy, Diana Bracho, quien es sobrina de Andrea Palma, lo usa y lo luce maravillosamente. Sin duda, ese chal es una de las prendas más bellas y la que mejor contiene la historia del cine mexicano. ■